

El cuerpo ¿revisitado?

Cuerpos. Veinte formas de habitar el mundo

VARIAS AUTORAS

Seix Barral, Bogotá, 2019, 279 pp.

AL TRATAR de establecer el valor de una antología conviene tener en cuenta sobre todo dos elementos. El primero, por supuesto, los propios textos que la componen: su mayor o menor calidad y también la representatividad que cada una de las autoras o autores elegidos atesora en relación con los criterios en los que se sustenta la selección. Este último aspecto precisamente constituye el otro pilar en el cual se basa el dictamen: los principios que rigen las opciones y preferencias del antólogo para justificar sus elecciones y descartes. El prólogo —o la nota a la edición— suele ser el lugar en el que se hacen explícitas esas razones: marca las directrices del conjunto y en él se concentra, tanto como en la propia selección, su acierto o su carácter polémico y discutible, un rasgo que suele ser consustancial a este tipo de volúmenes recopilatorios. El antólogo, tradicionalmente, irrumpe en el panorama del presente, convencido de la necesidad de hacer visibles propuestas no vistas antes; de ahí que su trabajo haya constituido un factor de relevancia en la configuración de los campos literarios.

Lo primero que llama la atención en *Cuerpos. Veinte formas de habitar el mundo* viene precisamente de la ausencia total de este tipo de pistas sobre los planteamientos y objetivos que persigue con su publicación: no se señala sobre quién recae la responsabilidad de la edición, no hay prólogo, ni siquiera una breve nota explicativa que aclare mínimamente los criterios de selección. Reúne 20 cuentos de autoras colombianas, nacidas entre 1957 y 1993, que desde ángulos muy diversos reflexionan sobre la experiencia de la corporalidad femenina en el espacio social. El amplio espectro temporal que abarcan las fechas de nacimiento no invita a pensar que la selección pretenda uno de los fines más frecuentes en este tipo de proyectos: la visibilización, en clave generacional, de nuevos nombres en el ámbito na-

rrativo del presente. Aunque es cierto que la mayor parte de los nombres escogidos tiene una trayectoria narrativa incipiente en el momento de la aparición del libro: en unos casos, con apenas algunos cuentos publicados en otras antologías; en otros, con un solo volumen de cuentos o, a lo sumo, una o dos novelas.

Este rasgo común, que sitúa a todas en una etapa inicial de sus carreras literarias, puede llevar a pensar que, efectivamente, en sus propuestas —como se señala en el texto de cuarta de cubierta—, “las autoras que participan en esta antología de relatos de ficción ofrecen una mirada renovada sobre lo que puede significar el mundo cuando se habita un cuerpo femenino”. Aquí encontramos, mínimamente aludida, la meta que parece perseguir el libro, típica de las antologías: ofrecer posiciones nuevas dentro del campo literario, mostrar su evolución, sus cambios y transgresiones respecto a paradigmas del pasado —en definitiva, “producir tiempo”, para hablar en términos de Bourdieu—, en este caso respecto a una de las temáticas más recurrentes en la literatura escrita por mujeres: el cuerpo femenino, el lugar que ocupa y sus diferentes modos de actuar en el entorno de una realidad hostil y enemiga.

Sin duda, el cuerpo ha sido un campo de batalla central en los imaginarios de las escritoras desde que su voz y sus reivindicaciones comenzaron a cobrar fuerza. Signo de la represión y la marginalidad a las que fue sometida a lo largo de la historia, la corporalidad femenina emerge como un lugar de lucha, como espacio donde dibujar una identidad que invierta las representaciones y funciones que le habían sido asignadas desde la mentalidad patriarcal. La exploración del erotismo y la reivindicación de lo íntimo y la sensibilidad como escenarios políticos han sido dos de sus discursos más recurrentes, a los que con el tiempo fueron añadiéndose otros como los imaginarios del cuerpo enfermo o las nuevas miradas a la maternidad, por citar solo algunos de ellos. Las múltiples identidades de género a partir de la irrupción de nuevas subjetividades o la relación entre corporalidad y tecnología acabaron por completar un mapa a estas alturas muy variado y

complejo, lleno de debates cruzados, de tensiones y continuas relecturas y reinterpretaciones.

Articular miradas realmente renovadoras en este panorama constituye un desafío nada fácil, y soy consciente de que plasmar ese logro en el espacio de un relato breve supone una exigencia en parte injusta, por excesiva; de ahí de nuevo la importancia del trabajo de búsqueda y selección de los textos y sus autoras. Los 20 cuentos elegidos trazan un recorrido muy variado por algunas de las problemáticas señaladas: el parto y la maternidad como experiencia dolorosa y ya no placentera y plena; el erotismo como signo de poder; las pulsiones del placer y los tabúes que lo reprimen; la experiencia de la enfermedad como metáfora social; la peligrosa relación entre economía y medicina en el control social del cuerpo femenino; la tiranía del cuerpo bello y de sus estereotipos; el choque cultural en cuanto a la vivencia cotidiana de la corporalidad; las relaciones mediadas por la tecnología y sus posibilidades en la asunción de roles sexuales plurales; la relación con la madre, o la masturbación como autodescubrimiento de la sexualidad... Junto a ello, el volumen ofrece también un catálogo diverso de registros de escritura: algunos cercanos a lo poético, como “Cununo”, de Dayana Zapata Flórez; otros a lo ensayístico, como “Pan de vida”, de Adelaida Fernández Ochoa—, y en el resto encontramos relatos más convencionales combinados con otros más complejos. Destacaré aquí la estructura dislocada de “Interiores”, de Valentina Calvache, el cuento que cierra el libro, y la atmósfera absurda y desquiciada de “Me ponés nervioso, Leti”, el divertido relato de Tatiana Andrade Mejía.

Además de estos dos últimos, destacaré “El cuerpo de la nutria”, de Fátima Vélez, donde la vivencia del cuerpo a la hora de “sentir” el mundo a través de la piel se enfrenta a prohibiciones incomprensibles para la experiencia infantil, y con gran sutileza se insinúa una atmósfera incestuosa que late oculta durante toda la historia; y “Romina”, de Isabel Botero, que nos habla con ironía de los trastornos alimentarios mediante una escritura muy conseguida en la recreación del habla desenfadada de la narradora. Sobresa-

CUENTO		RESEÑAS
<p>le también “La llegada de Miss Piggy Vaquera”, de Andrea Salgado, que logra un retrato muy logrado de los prejuicios sociales contra la homosexualidad, en especial la femenina, y nos ofrece, con un destacable registro humorístico, una narración muy original sobre la identidad lésbica a través de los juegos de la protagonista con sus muñecas. Por último, “Piel de oso”, de Juliana Muñoz Toro, me parece uno de los mejores del libro: en él, la protagonista vive en una ciudad fría e inhóspita donde el contacto entre los cuerpos está casi prohibido; su propio cuerpo deja de sentir, se desvanece y solo el dolor, no el recuerdo, parece capaz de restituirlo.</p> <p>Estos cuentos justifican por sí mismos la publicación de <i>Cuerpos. Veinte formas de habitar el mundo</i>; pero aun así ese objetivo de aportar miradas renovadas sobre el cuerpo femenino, señalado en el propio volumen, queda un poco lejos. Se echa de menos, por ejemplo, alguna historia que hubiera abordado la problemática del cyborg, un tema clave y muy presente en los debates recientes sobre género y corporalidad. Con la ausencia de la exposición y explicación de los requisitos y planteamientos de la antología, se corre el riesgo de considerar que la elección de las integrantes haya sido azarosa o arbitraria o bien responda a intereses no específicamente literarios, un aspecto este que habría convenido dejar mucho más claro en el caso de <i>Cuerpos</i>. Y me explico.</p> <p>De las 20 escritoras que integran el libro, al menos en el momento de su publicación seis de ellas, según consta en las breves fichas biobibliográficas que acompañan sus cuentos, no tenían obra narrativa o tan solo algún cuento publicado en otras antologías o en revistas; de las 14 restantes con al menos un libro de narrativa —volumen de cuentos o novela— publicado, cuatro lo hicieron en pequeños sellos independientes, una en Penguin Random House y las otras nueve en sellos del Grupo Planeta: Planeta, Seix Barral, Tusquets, Espasa y Emecé. Llama la atención esa presencia porcentualmente abrumadora de autoras pertenecientes al mismo grupo editorial del sello en que se publica el libro. Hay que evitar, sobre todo teniendo en cuenta que <i>Cuerpos. Veinte formas de habitar</i></p>	<p><i>el mundo</i> incluye suficiente material literario de calidad, que parezca que ha primado otro tipo de motivaciones, no dejar que tenga razón quien dijo que la antología, muy desgastada por el abuso y la mecanización, subsiste hoy sobre todo como estrategia meramente publicitaria.</p> <p style="text-align: center;">Eduardo Becerra Grande</p>	